

Azcárate: el tendedor de puentes

Ug 25/46
Memoria de por Sergio Carbó

A FIRMASE que al entierro del doctor Azcárate, ministro del Trabajo que murió de exceso de trabajo, concurrieron alrededor de cincuenta mil personas. Alguna significación nacional debe poseer un personaje para que tal golpe de gente asista a sus exequias.

"Todo se debió a un alarde de organización y a una demostración de fuerza de los comunistas", dicen ciertos exégetas, en ese afán de buscar causas escondidas a los hechos visibles, convincentes por su realidad y nada más.

Y bien: aunque así fuera, insistimos en nuestra tesis: relevancia extraordinaria tenía el muerto para que los comunistas brindasen ante su sarcófago insepulto tan formidable espectáculo. Las cosas son como son, y hablan por sí. Pocos entierros han arrastrado la multitud poderosa que arrastró el del distinguido ex-magistrado de la Audiencia habanera, de donde se marchó—debemos recordarlo—para conservar íntegro su libre albedrío, que vió en peligro de inminente vasallaje...

¿Eran de verdad comunistas aquéllas legiones interminables y silenciosas que acudieron a decirle el postrer adiós al fallecido ministro? No lo sabemos. Quisiéramos saberlo, para rendir en este caso a la tendencia de la hoz y el martillo nuestra sincera admiración. Vimos mucho pueblo trabajador, eso sí. Vimos, apretujada, una cohorte nutrida de ciudadanos, que por su presencia en los funerales parecían agradecidos a quien tomaba sus primeras vacaciones en el sepulcro. Algo hizo el que se iba, algo quedaba prendido a su existencia, bastante vigoroso como para desplegar un caudillaje bajo la montaña de las últimas flores.

Ya los del séquito no esperaban nada de él. Pero se quería levantar su ejemplo como una bandera de combate. Y algo han hecho algunos hombres en la vida cuando ya difuntos, como el Cid Campeador, se agita su sudario como un palladium de vindicta y de batalla...

(Continúa en la Pág. 8. Col. 2)

Carlota Miró; Empleados del Retiro Marítimo, Unión de Empleados y Obreros del "Diario de la Marina", Comisión Nacional de Salarios Mínimos, Cía. Cubana de Electricidad, Unión Sindical de Empleados y Obreros de los Centros Regionales, Emilio Edward, Embajador de Chile, la Embajada Americana, Unión Sindical Woolworth de Cuba, Colegio Médico de La Habana, familia Zuaznabar, Sindicato de Empleados Cablegráficos, Fulgencio Lequerica, Ministro de Colombia, miembros de la Junta y Empleados de la Delegación de Salud y Maternidad de La Habana, Director de la Renta de Lotería, Unión de Vendedores de La Habana, Sindicato de La Epoca, Federación de Trabajadores de La Habana y Asociación Nacional de Cosecheros de Tabacos de Cuba.

MENSAJES DE CONDOLENCIA

Expresando su condolencia por la muerte del querido funcionario, han cursado telegramas al Presidente Grau y a los familiares del mismo, las siguientes personas y organizaciones:

Sotero Martínez, Secretario General del Sindicato Azucarero del Central Siboney; Casadevall, Secretari del Sindicato del Transporte de Manzanillo; Valerino, Secretario General del Sindicato de Artes Gráficas de Oriente; Hilario Díaz, por el Comité Ejecutivo del Sindicato Azucarero del Central Perseverancia; Junco, Secretario General del Sindicato Ferroviario La Unión, de Morón; Juan Elías, Secretario Gral. del Sdcto. Azucarero del Ctral. Ofelia; Enrique Díaz Cuervo, Secretario General de los tipógrafos de la provincia de Camagüey; Alejo Arredondo, Secretario General del Sindicato Azucarero del Central San Isidro; Juan la O, Secretario General del Sindicato Salinero de Caimanera; Domingo Hernández, delegado oficial de los tabacaleros de Agabama; Antonio Lorenzo y Faustino Calcines, delegado ante los O. O. y P. y Secretario General, respectivamente, de la FTLV; Miguel González, Secretario General del Sindicato Azucarero de Media Luna; Alejandro Valle, Secretario General del Sindicato Azucarero del Central Preston; Leonel Brito, Secretario General del Sindicato de Obreros del Calzado de Guanajay; Callard, Secretario General del Sindicato Minero de Baracoa y Héctor Blanco, delegado del departamento de maquinaria del Central Merceditas, quien anuncia al propio tiempo que los trabajadores de ese central paralizaron brevemente sus labores en demostración de duelo por la muerte del doctor Azcárate.

May 27/46



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Lejos de nuestro propósito descender aquí al análisis político de una tarea que sólo puede ser juzgada de acuerdo con sus efectos, a través del telescopio de la Historia: puntualizamos sólo el fenómeno de un acto cívico, la significación de un entierro. En contraste con el medio ramplón y vacilante, raquíptico para las grandes capacidades del bien y aún del mal, Carlos Azcárate se responsabilizó, valerosamente, con una política. Hoy, eso es un galardón. El negro pecado que le atribuye la clase patronal consiste en que se puso abiertamente de parte de los obreros. Alguien había de hacerlo algún día, después de cuatro siglos de privilegio para la clase patronal...

En resumen: mantuvo una política clara y propia del momento, errónea según algunos, acertadísima según otros, duda de la cual no nos ha querido sacar el Congreso, máximo culpable, que a estas horas no ha discutido y aprobado un Código del Trabajo.

Azcárate interpretó los reglamentos abstrusos y enredados a favor del proletariado, como pudo haberlos interpretado a favor de los capitalistas, pero fué fiel a esa línea hasta su último aliento. Y tal denuedo, digno de lo a fuer de honesto—ni sus peores enemigos lo acusan de peculado—constituye su mérito como hombre público. Sirvió a los que trabajan: y los que trabajan lo honran. Es decir: sirvió a una parte del pueblo, en esta época cobarde y sin convicciones en que tanto se barre para adentro, en que, con raras excepciones, nadie sirve a nadie...

Quería conciliar su tradición derechista, sin ser un derechista, con los nuevos reclamos revolucionarios, sin ser un revolucionario, escribe Iraizoz, en una página hermosa y llena de respeto, a pesar del ultra-conservadorismo del autor, lo cual hace patente sus altos quilates de escritor y de hombre.

Y agrega: Entre Santo Tomás de Aquino y Lenin quiso tender un puente imposible... acaso, por sus últimas actuaciones se apartó de los suyos.

Con ese argumento el compañero demuestra lo contrario de lo que quiere demostrar. ¿Acaso existen esas líneas divisorias tan insalvables? Los suyos... ¿quiénes eran los suyos? ¿Los que lo combatían cuando era magistrado, los que le decían me alegro verte bien en la calle, camino de la oficina, o los que lo respaldaron en la ardua función del poder? ¿Acaso los suyos no eran también esos miles de cubanos que marchaban en su funeral? ¿Es que por ventura no se puede ser católico, apostólico y romano y ser también amparador decidido de los obreros? ¿Dónde están esos ingenieros de puentes imposibles, para llamarlos a gobernar el mundo en estos días lúgubres de todas las discordias y de todas las incompatibilidades?

Quería conciliar su tradición derechista, sin ser un derechista, con los nuevos reclamos revolucionarios, sin ser un revolucionario... He ahí, conciudadanos, el epitafio sencillo y magnífico que ha escrito un periodista para el ministro que pereció trabajando con el corazón al lado de los trabajadores. Nada más bello ni más glorificador se ha dicho de un patrio. Nada más elocuente que eso grabaron los romanos en la urna funeraria de Fabio Cunctator.

¡Fundidlo en seguida en vuestros talleres, con vuestros brazos, vosotros los del gremio del bronce, que fuisteis sus amigos, y colocadlo en el mausoleo de Carlos Azcárate y Rosell, el tendedor de puentes, el gran equivocado quizás o el gran patriota, pero grande en lo humano al fin, porque hizo una obra y trazó una política...!

Prensa Libre
ag 28/46

